

La Otra Trinchera

Por Julio Brea Franco

Ser patriota es mejorar la Patria. Solo quien conoce la realidad y las posibilidades de su Patria puede mejorarla"

Santiago de la Fuente

Hace apenas días escribíamos acerca de la institucionalización. Abogábamos, es más: insistíamos en la necesidad de conocer nuestras instituciones políticas. A esas, las que queremos que adquieran vigencia real y plena. Hemos dicho que nuestra Carta Fundamental es un papel mojado. Pero el que deje de serlo constituye, indudablemente, dar un paso hacia adelante. ¿Acaso no se beneficiarán nuestros extractos populares cuando se respeten los derechos individuales y sociales que ella consagra? ¿Acaso no se beneficiarán si se fijan como directrices uniformadoras de la política social y económica las prescripciones programáticas que contiene?

Todos decimos ser demócratas. En ocasión pasada utilizamos, para definir esta adoración democrática, el término de demolatría. En efecto, los demócratas existen en todas las parcelas políticas, con su variedad ideológica, que conforman el espectro dominicano. Y la palabra recurre en los documentos políticos —abundantes en esta época— que aparecen en los diarios tratando de captar nuestra atención. Todos decimos, pues, ser demócratas. Pero los hay de manera sincera y auténtica, y también, de manera falsa y demagógica. Para estos últimos la democracia es un ropaje, tan solo una piel de oveja que cubre al lobo. A ese lobo salvaje de mente estrecha que confunde democracia con actitudes negativas e intolerantes ante las ideas de los demás.

La democracia implica necesariamente participación. Pero no únicamente la participación del pequeño grupo de políticos. De ese grupo entre los que se encuentran políticos de vocación lamentablemente exigua— y los aprovechadores, los buscadores de prebendas. No, la participación a la que nos referimos es a la de todos, los pobladores de la "ciudad política". ¿Es que somos todos nosotros los que formamos el demos, el pueblo. Entonces, si queremos democracia tenemos que participar. Pero también: si queremos participar hay que estar informados. Naturalmente, esto sí, lo que pretendemos es participar responsablemente. Solo a través de esta luz puede comprenderse nuestro afán por la educación política.

En nuestro país, estratos ubicados en determinados niveles altimétricos en la pirámide social, viven únicamente en la apariencia. Queremos casas lujosas, carros de marca, posiciones de renombre, popularidad. En una palabra: escalar, subir, trepar. Pero este afán, que podría ser comprensible y positivo, se traduce en fin, no en medio. Se quieren cosas, se obtienen aunque no se necesiten. Se buscan, se tienen para exhibirlas, para exhibirlas a los demás. Es este el lujo agresivo.

Y esto no sólo ocurre con cosas materiales y tangibles. En otras

actividades se refleja lo mismo. En el intelectual, por ejemplo: se pretende investigar, escribir, profesar como una vía para alcanzar prestigio, y a través de este, obtener posiciones y continuar así en la escalada insaciable e inagotable del himalaya político.

Estos son datos de la realidad fácilmente comprobables. Tratar de desconocerlos es igual al deseo ingenuo de "tapar el sol con un dedo". Aunque no lo veamos, mejor: aunque no querramos verlo, ha existido, existe y existirá. Los tiempos que corren no son para soñar. Pero aceptar esta cruda realidad no quiere significar que todo está perdido, "que no hay remedio". En este país nuestro existen quienes dentro o fuera de la generación sin retórica, impulsados por una poderosa fuerza interior, desean y contribuyen a aportar algo.

Aquí cunden las aspiraciones políticas. Muchos sueñan con una posición política, pero también con la cima: la Presidencia. Entre todos estos aspirantes hay quienes, con inquietudes sinceras, desean y esperan que las cosas cambien, que esta sociedad sea más justa y equilibrada. Y como justificación y legitimación de sus aspiraciones postulan que la única vía para poder operar los cambios es la política. Esto es cierto, pero no lo es menos que para contribuir al cambio se puede hacer desde otra trinchera sin necesidad de ser activista de partido.

Es esta percepción la que explica el compromiso de muchos jóvenes valiosos e íntegros, pero también realistas, que se han entregado, como si fuera un apostolado, a la educación. Educando, forjando profesionales técnicamente calificados, y sobre todo, formando dominicanos concientizados, comprometidos con su país y con su pueblo. Inoculando conciencia se contribuye, y mucho, a nuestro futuro. Esta es una labor callada. Y confesamos: se aquilata en nosotros la convicción de que las cosas realmente importantes que se están haciendo en nuestro país no son tanto las que se proclaman ruidosamente con el redoblar de los tambores o con el "click" de las cámaras fotográficas cuyos productos verdadera, realmente importantes se hacen en el silencio, en la penumbra, calladamente...

Van a ser tres años de que un libro destinado a la juventud dominicana fue editado y presentado. Un libro acerca de la República Dominicana. Concebido, elaborado, escrito con un compromiso. El título: Geografía Dominicana. El autor: Santiago

de la Fuente. Técnicamente nos luce excelente. Y decimos nos luce porque no somos especialistas, no podemos ser jueces. Una obra escrita por cualquier autor con la misma temática tiene amplias posibilidades de cautivar. Sobre todo en estos años en que la industria editorial dominicana está dando a luz tantos trabajos excelentes impresos acerca de nuestra problemática. Es que hay un vivo interés en leer, estudiar, conocer lo dominicano.

Lo que nos cautivó no fue tan solo el título y la materia. Fue algo más: su compromiso con el país, con sus problemas, en fin, con el cambio. Y es de esta actitud, como las aguas limpias y cristalinas emanan de la fuente, de donde debe derivar la responsabilidad, precisamente, la responsabilidad política. Conocer para actuar, conocer para saber qué cambiar.

Hablamos, discutimos, vociferamos, escribimos sobre lo que debe o no hacerse. Pedimos la defensa de nuestros recursos no renovables pero ni siquiera tenemos una mínima idea de los recursos que guardan celosamente nuestra tierra y nuestras piedras. Hablamos de aumento en la producción agrícola, pero no sabemos qué tipo de tierras disponemos y para qué cultivos son aptas. Hablamos de turismo y de la necesidad de incrementarlo cuando no conocemos ni siquiera nuestra geografía. Hablamos de salud, de educación, de nutrición pero no tenemos ni idea de cuál es nuestra situación al respecto. Estas son tan solo unas pocas cuentas de lo que podría ser un interminable rosario de lamentaciones.

Se pensará: contamos con técnicos capaces y muchos en nuestros problemas. Y bien, los problemas de un país no son sólo de competencia exclusiva de una reducida "casta" de técnicos y de asesores. Somos todos nosotros, ciudadanos dominicanos, los que debemos evaluar las promesas de los políticos. Y para poder hacer esto, para evitar que se juegue con nuestro destino, tenemos que conocer nuestra realidad y sus posibilidades.

Precisamente esto es lo que nos ofrece De la Fuente. Esta y su obra, rica, moderna y completa, constituye un paradigma de uno de los tantos modos en que se puede hacer algo, desde ya, por este tan castigado país. Su trabajo responde a un compromiso: contribuir a forjar actitudes responsables. Y esto nos indica la existencia de otra trinchera desde donde se puede trabajar, luchar y aportar para que el mañana de todos los dominicanos sea mejor que el de hoy.